estaba hecha con trastos que nos parecía una especie de autos-personas sobre una cámara de color plomo. El movimiento escénico subrayó el absurdo cómico del texto. Esta pieza desconcertó a ciertos públicos y a otros los desternilló de risa en sus asientos.

La segunda parte de este programa era la pieza de Octavio Paz basada en un cuento de Nathaniel Hawthorne, "La Hija de Rappaccini". La producción de esta obra no correspondió al lenguaje maravilloso y a las situaciones exquisitamente poéticas de la obra. Uno en realidad no podía decir que la escenografía, o el vestuario, o la dirección, o la música o la actuación fuesen malos. Cada uno de los elementos era bastante bueno tomados por separado, pero no se correspondían. En general, fue un buen intento que no alcanzó a cuajar.

Para el tercer programa se escogieron dos autores clásicos, pero de estilos opuestos: una selección del "Libro de Buen Amor", del Arcipreste de Hita —la alegría de vivir, el abigarrado mundo de la Edad Media— y la "Cena del Rey Baltasar", de Calderón de la Barca — el arte católico, conceptuoso y barroco de los Siglos de Oro.

Las obras estaban absolutamente dentro de la intención que el grupo se ha marcado. Dos formas de lenguaje: el llano y primitivo del Arcipreste y el barroco-teológico de Calderón. Pero siempre la Palabra, la gran poesía presidiendo la escena. La interpretación fue precisa, excelente. Se escogió una escenografía solar en la que actores-símbolos se movían con la solemnidad de la misa —Calderón— o en la que cantaban, bailaban, gozaban, con toda la alegría que el Arcipreste puso en su texto. El vestuario recordaba los ropajes eclesiásticos ascéticos y al mismo tiempo solemnes en "La Cena del Rey Baltasar" y en el "Libro de Buen Amor" un uniforme abstracto convertía a los actores en voces del poeta.

Para este programa Leonardo Velázquez compuso la música; una música que recordaba la de la época sin caer en el absurdo arcaizante y Richard Lemus sugirió con su batería los efectos de sonido necesarios para "La Cena del Rey Baltasar".

Ahora con su cuarto programa, "Poesía en Voz Alta" regresa nuevamente al punto de partida: clásicos y contemporáneos. Junto a la crueldad y cinismo de Quevedo, la gracia y la nostalgia de Elena Garro. La afinidad, guardando los límites, existe.

Las dos primeras farsas del programa llevan al espectador a través de un deslumbrante fuego de artificios al mundo noble y nostálgico de la autora. "Andarse por las Ramas", la primera de ellas, es una sátira. La razón enfrentándose a la poesía. Mediante un diálogo —ágil, humorístico, chispeante Elena Garro nos coloca de pronto, cara a cara, la soledad del poeta. La obra es alegre y sentimental, amable y amarga. El poeta sabe que bebiendo vodka puede llegarse al Neva, pero le es imposible compartir este conocimiento.

"Los Pilares de Doña Blanca", la segunda, es una especie de cuento infantil, en el que se demuestra que basta con desear las cosas para que estas existan; pero que pueden desaparecer ante la incredulidad. Doña Blanca, Rubí, la torre no son

—Foto R. Salazar

Los Apartes — *"No me puse el vestido que le gusta a Oswaldo"*

más que apariencias, sueños creados por los corazones solitarios de los amantes, por eso desaparecen ante la embestida del Caballero Alazán que se resiste a entregar el suyo.

La tercera pieza, "Un Hogar Sólido", es, teatralmente hablando, la más completa, la mejor estructurada de las tres. Con unos cuantos personajes, fuera del tiempo y del espacio, aislados en la intemporalidad de una cripta familiar, Elena Garro logra un impresionante cuadro de la vida mexicana. La inestabilidad, la falta de un sentido definido de las cosas y sobre todo la soledad adquieren su verdadera dimensión dentro de la autenticidad, mucho más pura que la de cualquier obra costumbrista, de este impresionante estudio psicológico, pero no por esto menos poético, de la realidad mexicana. Los muertos de "Un Hogar Sólido" desean, sueñan y recuerdan con toda la fuerza que les da el hecho de sólo poder referirse al pasado. Hacen reir y pensar y obligan al espectador a compartir con ellos su soledad y frustración.

Para lograr esta comunión entre público y actores, Elena Garro tiene principalmente, entre otras muchas cualidades, un especialísimo sentido del humor, un humor macabro, casi cínico que se alimenta principalmente con la forma satírica y burlona con la que el mexicano se enfrenta a la muerte. Frases como: "¡Qué gusto, hijita. Qué gusto que hayas muerto tan pronto!", dan una clara idea del tono usado por la autora para alejarse de cualquier sentimentalismo en el que tan fácilmente podía haber caído.

Las tres obras, a pesar de la disimilitud de los temas, están unidas por una idea fundamental: la soledad. A la autora le preocupa por sobre todas las demás cosas, la incapacidad que sus personajes —y éstos abarcan a casi todos los tipos de gente— tienen para comunicarse, para compartir sus penas y alegrías, para amar y ser amados, para construirse "Un Hogar Sólido". A través de los chistes se percibe siempre una nostalgia por algo muy indefinido e inalcanzable, pero indispensable para situarse en la realidad y vivir plenamente.

El lenguaje del que Elena Garro se vale para transmitirnos estas ideas es otro punto importante que es necesario señalar. Es un lenguaje con un profundo sentido poético, que se alimenta principalmente de giros infantiles, refranes y lugares comunes de la poesía popular, pero a los que la autora dota de un nuevo sentido, revalidándolos.

La selección de los poemas de Quevedo —realizada por Octavio Paz y Héctor Mendoza— es un intento de dotar de estructura formal, dentro de un cuadro plástico unitario, a una serie de escenas sueltas y un entremés. La selección no puede ser más afortunada. El Quevedo cínico y moralista; cruel y comprensivo y sobre todo gran poeta está íntegramente en estos fragmentos. Y la intención unitaria se logra completamente. Siguiendo las intenciones del autor el espectáculo resulta a veces cómico, otras aterrador e inclusive nauseabundo, pero siempre dentro de la línea satírico moralizante de este tipo de poesía. Nuevamente los ritmos de Richard Lemus subrayaron el texto, dando el tono sórdido que requerían los bailes.

(Pasa a la última pág.)

L I B R O S

M. MERLEAN-PONTY, *Fenomenología de la percepción*. Fondo de Cultura Económica. México, 1957.

Fenomenología. He aquí algo que puede llamarse casi sin reservas un libro definitivo. Hace tiempo, me parece, que el existencialismo se había propuesto demostrar qué frutos podía dar en los campos más positivos. Con un libro como éste se hace evidente la fecundidad de un nuevo enfoque que pretende poderse aplicar a todas las ramas del conocimiento. No es extraño que este estilo de filosofar que es el existencialismo, cuyos primeros brotes fueron sobre todo psicológicos, encuentre en un libro de psicología una expresión tan congruente y clara.

Entre nosotros este estudio adquiere además un interés especial: será probablemente para muchos una reconciliación con esa fenomenología tanto y tan a la ligera prodigada. El movimiento se demuestra andando y la fenomenología describiendo. Y después de un libro como éste resulta casi increíble que sea ese mismo método el que sirva tan a menudo para enmascarar pensamientos deslavazados o perezosos.

Por eso esta fenomenología no sólo nos aclara infinidad de problemas del tema que trata, sino también del método con que lo trata y de los supuestos generales en que se funda. La crítica continua, constantemente renovada y la ejemplificada, del análisis objetivo y del análisis intelectual nos da por fin esa idea clara, que tanto necesitábamos, del adelanto que supone el método fenomenológico.

Es cierto que algunos capítulos finales

son tal vez menos densos y que no se ve bien qué tienen que hacer, en rigor, en un estudio de la percepción. Son sin duda esbozos para estudios futuros, y sobre todo, expresan una tendencia que es, a mi modo de ver, la que da a un libro como éste su carácter profundamente moderno. Pues la filosofía actual representa seguramente una vuelta a la metafísica, pero una vuelta muy peculiar: una vuelta fenomenológica, que es evidentemente la única que podía realizarse después del idealismo crítico y después del positivismo. Por eso esta metafísica se preocupa sobre todo de la relación entre el Ser y el fenómeno, uniendo y superando las actitudes clásica y positivista que se centraban respectivamente en el Ser o en el fenómeno. Esto explica que este pensamiento moderno ponga especial cuidado en no desligar nunca un problema concreto de todos los demás posibles, pues las implicaciones mutuas de unos problemas en otros son precisamente las que dan razón de su sentido metafísico, o, dicho de otra manera, las que muestran que tienen un sentido. Un investigador fenomenológico no puede pues tratar de la percepción sin tomar conciencia, lo más claramente posible, de todo lo que sus posiciones ante estos problemas implican en todos los demás problemas, por ejemplo, en este caso, el de la libertad, el del tiempo, el del otro yo, etc.

T. S.

Pedro de Alba, *A la mitad del siglo* xx. Colección Cultura Mexicana, Imprenta Universitaria. México, 1957, 265 pp.

Para quien entiende que el humanismo no es solamente el estudio de la cultura clásica y de las lenguas muertas, sino también la preocupación por los problemas contemporáneos, el análisis del mundo de nuestros días no puede limitarse a una descripción de la "crisis de la civilización" y de la "decadencia de la cultura"; junto con esta descripción, el análisis debe mostrar una solución, o cuando menos la esperanza de una solución.

Tal es el sentido de este libro de ensayos. El autor, con su reconocida capacidad de hombre de estudios, con su amplia experiencia literaria y diplomática, se adentra en los aspectos más sombríos de los males de nuestra época; y forzosamente vuelve los ojos hacia nuevos caminos de salvación, puesto que la esperanza que todavía a principios del siglo guiaba al género humano, en la actualidad ya no conduce a ninguna parte.

El "progreso", la "técnica", la "ciencia", sustentaban hace cincuenta años la confianza del hombre en su destino. Se preveía en un futuro próximo el advenimiento de una vida amable y fácil para todos. El aumento de la producción y los salarios producirían la abundancia y el bienestar; las comodidades se multiplicarían al amparo de los nuevos inventos. Pero al recoger los prometidos frutos de una técnica aún más desarrollada de lo que nunca se hubiera soñado, se descubre que en su interior no hay más que ceniza. En vez de mejoría económica, política y cultural, el hombre encuentra la injusticia de siempre, agravada por la maldición de "la enfermedad de la guerra" y de "una paz con miedo".

La ciencia ha traicionado al hombre porque el hombre ha hecho mal uso de ella. El adelanto de la técnica no ha sido acompañado de una equivalente mejoría de la conducta. El hombre sigue siendo el mismo de siempre. Como consecuencia ha surgido una ciencia deshumanizada, entre cuyas más impresionantes manifestaciones está la industria de competencia desleal y finalidades exclusivas de lucro, que Mackenzie King comparó con el monstruo de Frankenstein. El ansia de la acción por la acción, la codicia sin freno, el afán de lujo y de poder, han hecho que la técnica se convierta en enemigo de su creador.

"El observador atento y un poco informado", escribe Pedro de Alba, "llega por un razonamiento sencillo a la conclusión de que la organización política, social y económica de la mitad del siglo xx es un caos".

Puesto que el "progreso", por sí mismo, no puede dar lo que de él se esperaba, los mejores hombres de nuestros tiempos se empeñan en buscar nuevos caminos de salvación. Así, por ejemplo, dentro del humanismo cristiano, Mauritain reclama los fueros del espíritu. Y Toynbee aboga por una paz ecuménica.

"La ciencia, como el arte," ha escrito Mauritain, "que son buenos en sí mismos, el hombre, los puede usar mal y para el mal; mientras que si usa la sabiduría y la virtud, no puede usarla sino para el bien. El problema propio de la edad en

que entraremos, será el de reconciliar la ciencia y la sabiduría en una armonía vital del espíritu."

Toynbee es más perentorio. "A diferencia de nuestros antepasados," dice, "los hombres de nuestro tiempo sienten en lo más profundo de su corazón que la paz ecuménica es una urgente necesidad de nuestra época. Vivimos en la aprehensión cotidiana de una catástrofe que tememos ver desplomarse sobre nosotros si no se encuentra en corto plazo el medio de prevenirla. No exageraríamos al decir que la sombra de ese temor, que es un obstáculo para nuestro porvenir, nos hipnotiza y ocasiona en nuestro espíritu una parálisis que comienza a manifestarse hasta en las banales ocupaciones de nuestra vida diaria."

Colocado en la misma línea de pensamiento, Pedro de Alba ve la posibilidad de "humanizar la ciencia" y de alcanzar la "paz ecuménica", en una acción universal que tienda a oponer al caos de la civilización occidental, el orden de la auténtica cultura cristiana.

En varios ensayos se aplica a señalar las diferencias que deben notarse entre "civilización occidental" y "cultura cristiana". Piensa que la civilización occidental es contraria a la cultura cristiana, en la medida en que aquélla está dominada por el pensamiento fáustico. "Antes de Carlo Magno", dice, "el común denominador de la cultura de Europa era la herencia grecorromana, época en la que fue, estrictamente hablando, cultura cristiana del Mediterráneo... el cristianismo se veía como una cruzada para extender la doctrina del Evangelio... La acción cristiana debía estar regida por principios morales." Al imponerse los pueblos nórdicos, aparecieron las primeras manifestaciones de la cultura fáustica, de raíces germánicas y anglosajonas.

La leyenda presenta al doctor Fausto como símbolo de la sed de saber, poniendo junto a él a Mefistófeles, que simboliza la técnica y la ciencia aplicadas a la perdición del género humano. Fausto cayó en las trampas del Maligno, y arrastró en su caída a la cultura por él representada. La primitiva ansia de saber por el saber, se transformó luego en afán de la acción por la acción y en frenesí de lujo y predominio, hasta parar en el culto del Becerro de Oro.

"Las generaciones contemporáneas sufren una suerte de asfixia moral", escribe Pedro de Alba, "los valores éticos han pasado a último término; en cambio la sed de oro, el afán de lucro y de dominio y el goce de los sentidos, el lujo ostentoso y ofensivo y las comodidades refinadas, se perfilan como finalidades de la existencia".

Consecuentemente, si el pensamiento fáustico ha sido causa de que se abandonen los valores humanos, se debe tratar de restaurarlos en un renacimiento de espíritu de los evangelios; si está comprobado que "ciencia sin conciencia no es otra cosa que ruina del alma", indudablemente "hay que humanizar la ciencia".

"La defensa de los valores humanos: ternura, compasión, sensibilidad, simpatía y tolerancia, piden una nueva cruzada y quien dice cruzada piensa en una mística activa. No importa que unos apoyen sus planes en una doctrina y otros sigan caminos diferentes con tal que se llegue a la meta perseguida. El que tenga capacipad de hacer el bien con impulso limpio y generoso, puede seguir la ruta de su propia inspiración." En estas palabras de Pedro de Alba puede resumirse la solución que muestra a la luz del nuevo humanismo.

Ahora bien; ¿no es demasiado generosa esta solución en nuestros días? Cuando el mundo está enloquecido de odio, avidez y miedo, ¿quién seguirá el camino que ella señala? Lo seguirá "el que tenga capacidad de hacer el bien con impulso limpio y generoso"; esto es, la exigua minoría de los mejores hombres de nuestra época. ¿Y todos los demás? Sobre esta solución parece proyectarse irónicamente la sombra de Sigmund Freud, a cuyo juicio lo único que evitaría las guerras sería un desarrollo tan grande del poder destructor de las armas, que el miedo, y sólo el miedo, mantuviera inmovilizados a los posibles contendientes.

"Esta paz con miedo", es, sin duda, odiosa. Es un insulto a la dignidad del género humano. ¿Pero habrá que maldecirla? ¿Por qué? Si el cristianismo nació bajo la ilusión del Día del Juicio, no estará mal que renazca bajo la amenaza de la guerra atómica.

Entretanto hay que entender que la solución que muestra el moderno humanismo, es, más que otra cosa, la esperanza de una solución. Pretender entregarla como un instrumento eficaz al mundo de nuestros días, sería, por lo pronto, como darle una lámpara a un ciego para que hallara su camino en la noche.

A. P. N.